

# X Torneo Escolar de Lectura en Público

## *Un cesto lleno de palabras (Fragmento)*

Juan Farias

El abuelo de Pedro trabaja en una imprenta de las de antes.

Una tarde, mientras barría el almacén donde guarda las cosas que se usan poco, encontró un cesto lleno de palabras, lo llevó a casa y se lo dio a Pedro.

—¿Y esto para qué sirve?—preguntó Pedro.

—Bueno, son palabras —dijo el abuelo —, un montón de palabras.

Pedro metió las manos en el cesto y sintió el calor de unas palabras y el frío de otras.

La palabra *mamá* era cálida, la palabra *perro* movía la cola, la palabra *hielo* estaba fría y era azul.

Había más palabras, muchas, más de mil palabras en desorden.

Había palabras muy usadas, y en cambio otras estaban tristes porque nadie las dijo nunca.

Algunas estaban rotas.

Pedro encontró la palabra *hijo* y a la *j* le faltaba el punto.

Encontró la palabra *mañana* y a la *ñ* le faltaba la ola.

—Yo las arreglo —dijo el abuelo.

Y se puso las gafas de ver de cerca.

Pedro cogió una palabra y era *espadaña*. La miró del derecho, la miró del revés, la limpió con el codo y la palabra seguía siendo oscura.

El abuelo, que con mucho cuidado y unas pinzas, estaba poniéndole la diéresis a *cigüeña*, dijo:

—Cuélgale una campana antigua y haz que la campana suene una tarde de primavera. Algo así alborotará a las golondrinas.

Y la palabra se encendió.

Las palabras se encienden cuando uno sabe lo que quieren decir.

—*Espadaña* —dijo Pedro, despacio, sorprendido.

La campana colgaba de la espadaña, encima de la espadaña del tejadillo, en el tejadillo el nido de una cigüeña y la cigüeña con la diéresis recién puesta.

La cigüeña, que no llevaba allí ni una semana, aún tenía el nido a medio hacer.

La cigüeña, para terminar su nido, voló al cesto, a buscar palabras que le sirvieran.

Encontró juncos y un pingajo.

El pingajo era una palabra deshilachada y un poco suecia.

—Si la baño, a lo mejor se arregla —pensó Pedro.

Y la bañó.

El *pingajo* resultó ser un calcetín, bueno, los restos de un calcetín de verano.

Limpio, sin dejar de ser una ruina, volvió a ser blanco, con dos rayas de un amarillo brillante.

Ahora, colgado fuera del nido, parecía la bandera de un país lejano.

Pedro sacó otra palabra, y la palabra era *niño*.

Pedro, después de pensarlo, dijo:

—Yo.

Y para no estar solo, pensó en Paula y fue a buscarla.